



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA EDUCACIÓN

VAMOS CONTIGO

(Jn. 21,3)

Compendio de artículos de reflexión
publicados por la VED en 2020,
a un año del inicio de la pandemia



*Simón Pedro les dijo:
–Me voy a pescar.
Ellos contestaron:
–Nosotros también vamos contigo.
Fueron, pues, y subieron a una barca; pero aquella noche no pescaron nada.
Cuando comenzaba a amanecer, Jesús se apareció en la orilla,
pero los discípulos no sabían que fuera él.
Jesús les preguntó:
–Muchachos, ¿no han pescado nada?
–Nada –le contestaron.
Jesús les dijo:
–Echen la red a la derecha de la barca y pescarán.
Así lo hicieron, y luego no podían sacar la red por los muchos peces que habían cogido.
Entonces aquel discípulo a quien Jesús quería mucho le dijo a Pedro:
–¡Es el Señor!
(Jn. 21, 3-7a)*

Colaboradores:

Alberto Vásquez
Andrés Moro, Pbro.
Brenda Jamett
Carmelo Galioto
Carolina Farfán
Elisabet Juanola
Fabiola Zambra
Luis Zúñiga
Magdalena Aninat
Marcelo Neira
María Inés Vial
Roxana Espinoza
Sandra Urrutia
Ximena Rodríguez

Edición: Área de Incidencia y Estudios

Diseño y diagramación: Edith Ortiz Parra

Santiago, marzo de 2021

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	04
INTRODUCCIÓN	05
LA ELOCUENCIA DE ESPÍRITU EN MEDIO DE LA TORMENTA NOS RECUERDA LA CONFIANZA EN EL MAESTRO	06
• La fe no está en cuarentena	07
• Ser artífices de la esperanza	08
• Realismos, paciencia y creatividad	09
• Educación para un nuevo despertar	10
• Escuchar con el corazón	11
EDUCAR DE MANERA INTEGRAL EN ESTE TIEMPO INÉDITO PERMITE APRENDIZAJES QUE SE ATESORAN PARA SIEMPRE	12
• Priorización curricular, la crisis como fuente de aprendizaje integral	13
• Tiempos educativos y tiempos tecnológicos, la nueva convergencia	14
• La conectividad como un derecho	15
• Profesores de religión 3.0	16
• ¿Qué nos enseña la crisis?	17
• La primera infancia, el gran tesoro para un mundo en crisis	18
EDUCARNOS EN HUMANIDAD JUNTO A JESÚS MAESTRO NOS RENUEVA EN EL COMPROMISO MISIONERO	19
• Pensar el proceso constituyente desde la espiritualidad	20
• Fratelli Tutti: apuntes sobre sus implicancias educativas	21
• Educar para la ética y la solidaridad	22
• El valor preventivo de la comunidad y los vínculos	23
• Avanzar, retroceder y adaptarse	24
• Ser luz en todas partes	25
• Repensar la educación del futuro	26
CONCLUSIÓN: El tren del año en que más hemos aprendido	27

PRESENTACIÓN

En medio de cierta desolación e incertidumbre por lo vivido, un discípulo se dirige a pescar, una tarea necesaria y cotidiana para la supervivencia. La consigna que ilumina este documento: **“vamos contigo”** (Jn. 21.3), emerge para que todo el grupo se sume a la faena. Asimismo, como equipo de la Vicaría para la Educación de Santiago, queremos ir al encuentro de todos quienes emprenden la hermosa y desafiante misión de educar.

Este gesto de corresponsabilidad educativa se sostiene en el compromiso profesional de servir a otros y, al mismo tiempo, entraña la convicción -a veces clara, a veces difusa- de que el Señor nos sale al encuentro en medio de la tarea, indicándonos nuevos rumbos y métodos para que “la pesca” sea abundante, en el sentido de la vida nueva que Él quiere ofrecernos.

Por eso creemos que la fe que nos moviliza es más fuerte que la perplejidad de los momentos críticos. Así, este “vamos contigo” que alude a los actores de la educación católica de la arquidiócesis con quienes “echamos las redes”, también es una renovación del compromiso misionero que hemos asumido de ir todos y todas con Jesús, maestro de humanidad.

Pbro. Andrés Moro Vargas
Vicario para la Educación
Arzobispado de Santiago

**¡VAMOS
CONTIGO!**



INTRODUCCIÓN

Nuestra misión como Vicaría es “anunciar a Jesucristo y su Evangelio en el mundo de la educación como aporte a la formación integral de la persona y a la humanización de la cultura”. Al poco tiempo de haberla reformulado, en pleno estallido social, comenzamos a vivir la grave crisis sanitaria por la pandemia del Covid-19, con todos sus complejos efectos para la vida de las personas y la economía de las naciones.

La educación se comenzó a ver también muy afectada y nuestra misión se tradujo fundamentalmente en escucha y acompañamiento para compartir la carga en un camino tormentoso y aprender juntos de las nuevas oportunidades que supimos ver en la crisis. Fue así como, entre otras acciones consecuentes con este énfasis, mezclamos acción con reflexión, lo cual volvemos a mirar en este compendio como gesto de memoria agradecida.

Son ideas e intuiciones con las cuales seguimos dialogando con la realidad, para responder a las emergencias y recordarnos permanentemente el horizonte educativo que buscamos en medio de la coyuntura crítica y más allá de las soluciones puntuales.

En este ejercicio reflexivo, nuestra misión se volvió línea editorial y ahora, con otro orden, proponemos una nueva lectura, pues a un año del confinamiento la crisis sigue interpelándonos, tanto para mejorar nuestra educación como para encontrar en la vida diaria aquellos oasis de sentido creyente, donde Dios se manifiesta indicándonos nuevas rutas y métodos.



**LA ELOCUENCIA
DE ESPÍRITU
EN MEDIO DE
LA TORMENTA
NOS RECUERDA
LA CONFIANZA
EN EL MAESTRO**

La fe no está en cuarentena

29 de abril de 2020

Es justo reconocer el testimonio educador de tantas familias, así como de encargados pastorales y profesores de religión que han sabido resaltar el valor de la gratitud y la abnegación para disponer el corazón al servicio de los demás.

Esta pandemia nos ha golpeado fuertemente a toda la humanidad y para cuidarnos asumimos una cuarentena preventiva. Si miramos sólo la parte medio vacía del vaso, nos quedaremos con este tiempo como un confinamiento agobiante. Sin embargo, como Iglesia estamos convencidos que esta es una oportunidad para vivir y formar desde la fe y los principios del Evangelio a nuestros niños y jóvenes.

El Papa Francisco señala que formar en la fe “no es solamente el rezo del Credo, es mucho más...”. También nos recuerda que, “transmitir la fe no es dar informaciones, sino fundar un corazón en la fe en Jesucristo”. La fe no se reduce tanto a hablar, sino más bien a experimentar, a vivir.

En este sentido, la clase de religión y toda la pastoral educativa tiene por finalidad generar condiciones de religiosidad a partir de la formación de la dimensión espiritual. Toma el contenido de la fe y procura desarrollar en los niños y jóvenes, desde el párvulo hasta la educación superior, una mirada de la vida, la persona, el mundo, la trascendencia, la creación desde una comprensión religiosa. No se trata de hacer proselitismo, la fe «crece mucho más por “atracción”», como enseña el papa emérito Benedicto XVI en su homilía en Aparecida.

El testimonio es necesario para transmitir la fe, aunque tal vez, hoy se vea golpeada por condiciones propias del encierro, en donde salen elementos que nos molestan y desagradan, así como heridas y problemas del pasado. Por ello afirmamos que este encierro puede ser otra oportunidad para buscar condiciones de mejor convivencia, perdonando los errores, colaborándonos, diciendo hasta el cansancio que nos amamos, aceptando nuestras diferencias, conversando puntos de vista, organizando las tareas domésticas, rezar juntos, etc.

Serán aquellas vivencias que surgen del amor las que permitirán ir formando a los hijos y estudiantes desde la fe. Por ello también será importante leer como expresión de la fe cristiana la solidaridad que se ha gestado en muchos colegios para ir en ayuda de quienes más lo necesitan. Es justo reconocer el testimonio educador de tantas familias, así como de encargados pastorales y profesores de religión que han sabido resaltar el valor de la gratitud y la abnegación para disponer el corazón al servicio de los demás.

En este tiempo de pandemia la fe no está en cuarentena, no está de vacaciones, no está confinada, tiene un espacio para ser formada, aceptada, celebrada y experimentada, tanto en la familia como en la escuela.

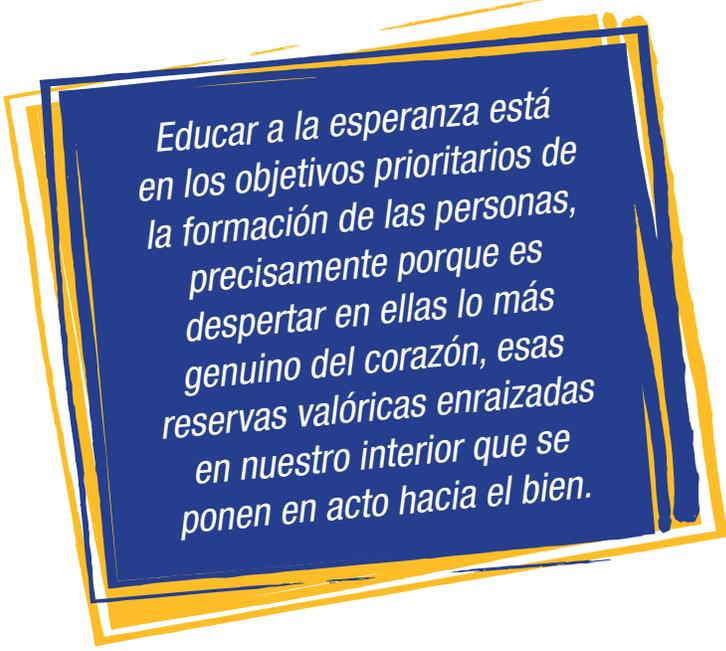
Ser artífices de la esperanza

2 de diciembre de 2020

Por lo general nos referimos y recurrimos a la esperanza cuando las cosas no van tan bien y nos aferramos a ella como a algo que está en un horizonte lejano y al que aspiramos pacientemente. Sin embargo, la esperanza cristiana está llena de significados bastante más cercanos y profundos para nuestra vida cotidiana.

Ella, ante todo, lejos de ser una actitud pasiva y resignada y, en el mejor de los casos, un optimismo voluntarioso, es como dice el Papa Francisco: “una realidad que está enraizada en lo profundo del ser humano”. Al ser así, nos refiere a un dinamismo interior que mueve todas nuestras fuerzas y energías vitales. La esperanza se construye en el vínculo con otros, se ejecuta en el tiempo trabajado en la búsqueda del bien, se materializa en la paz del corazón cuando lo que esperamos es precisamente ese bien.

Podemos tener esperanza porque hemos sido constituidos ontológicamente por un Amor que nos impulsa a una meta cierta, nítida donde se arraiga la Vida definitiva. Todos podemos tener y construir esperanzas, “independiente de las circunstancias concretas y condicionamientos históricos” en los que cada uno vive¹. Todos podemos tender una mano y sentir recíprocamente la calidez del hermano. Todos podemos regalar una mirada y sentir la acogida de vuelta. Todos podemos acompañar el camino de un forastero y sentirnos acogidos por él. Y en esta dinámica de fraternidad vamos construyendo la esperanza que nos saca de nosotros mismos y le da significado concreto a la espera. Siempre se espera algo o a alguien. Y ese estar referidos a otros hace que esta virtud siempre sea posible y nos llene el corazón.



Educar a la esperanza está en los objetivos prioritarios de la formación de las personas, precisamente porque es despertar en ellas lo más genuino del corazón, esas reservas valóricas enraizadas en nuestro interior que se ponen en acto hacia el bien.

Lo dice magistralmente el Papa Francisco: “La esperanza (...) nos habla de una sed, de una aspiración, de un anhelo de plenitud, de vida lograda, de un querer tocar lo grande, lo que llena el corazón y eleva el espíritu hacia cosas grandes como la verdad, la bondad, la belleza, la justicia, el amor”².

Es esto lo que los procesos educativos, en última instancia, quieren lograr cuando declaran su intencionalidad de ser integradores, de que sea la persona en su totalidad la que emerja como un bien para la construcción de la sociedad. Una sociedad que se muestra muchas veces desesperanzada porque le cuesta recurrir a sus reservas de humanidad para construir el bien común.

Necesitamos ser artífices de esperanza. Lo podemos hacer y nuestro mundo lo necesita. “Requiere que seamos audaces, que sepamos mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte y abrimos a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna”³.

¹ Papa Francisco (2020). Fratelli Tutti, 55.

² Ídem.

³ Cfr. Papa Francisco (2020). Mensaje 4ta. Jornada Mundial de los Pobres, p. 6.

Realismo, paciencia y creatividad

10 de septiembre de 2020

A medida que algunas comunas cambian de estado en el “Plan paso a paso”, la vuelta a clases presenciales se ha mantenido como un debate binario de “todo o nada”. Por eso, sería bueno ponernos en otro esquema, considerando que hay cosas que van a cambiar para siempre, a juzgar por algunos análisis más o menos compartidos. Este virus y sus consecuencias nos acompañará por largo tiempo y deberemos aprender a convivir con él.

Una enseñanza clave que nos deja esta pandemia es que la escuela, como la conocimos, no volverá a ser la misma. Sin vacuna, hoy y el próximo año al menos, el uso del espacio físico será muy complicado en muchos sentidos. Por eso, es razonable situarse en el desarrollo de clases que se perfilan hacia una modalidad mixta, presencial y on line, reconfigurando la opción presencial en su justificación de fondo y viabilidad práctica.

Desde ahí, cabe preguntarse ¿por qué es importante la presencialidad en el sistema educacional? El sistema remoto, en sus múltiples formas, nos ha permitido atender los aprendizajes curriculares que, sin duda, son importantes y han sido priorizados. Pero todos sabemos que la educación integral involucra muchas otras dimensiones que hoy no se pueden abordar o se abordan insuficientemente. Nos referimos a la convivencia, la sociabilidad, el trabajo colaborativo, la espiritualidad, la vida comunitaria, la conflictividad positiva, etc.

La incertidumbre que vivimos no nos permite tener soluciones únicas y definitivas, pero eso no nos puede paralizar. Hemos constatado que se hace más llevadera en comunidad, tanto en el hogar como de manera virtual.

En este sentido el Papa Francisco propone un principio iluminador para la situación que vivimos: el tiempo es superior al espacio... “Este principio permite trabajar a largo plazo, sin obsesionarse por resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone el dinamismo de la realidad. Es una invitación a asumir la tensión entre plenitud y límite, otorgando prioridad al tiempo. Uno de los pecados que a veces se advierten en la actividad sociopolítica consiste en privilegiar los espacios de poder en lugar de los tiempos de los procesos” (EG. 223).

Hay mucha creatividad desplegada en las comunidades educativas, que valoramos y compartimos, para sobrellevar responsablemente esta situación difícil. Y es necesario que, sin perder de vista lo urgente y lo que es realmente posible, la institucionalidad del sistema educativo se sitúe en el largo plazo para generar todas las condiciones que las escuelas necesitan para verse apoyadas en sus acciones y abrir la puerta a decisiones originales.

Esto nos anima a ser creativos y visualizar muchas posibilidades en la brecha entre volver o no a lo presencial. Para ello es fundamental poner las estructuras al servicio de las personas, con criterio de realidad y comprender que hoy los tiempos educativos requieren modificar también los tiempos curriculares.

Educación para un nuevo despertar

11 de junio de 2020

Mucho se ha hablado de que las crisis representan oportunidades, lo cual depende tanto de las circunstancias como de las herramientas y disposición que las persona y comunidades tienen para hacer frente a la adversidad. Hoy nos vemos muy exigidos por resolver necesidades fundamentales y al mismo tiempo confirmamos que este empeño será fructífero si se realiza junto con otros, en solidaridad y en un sentido real de trabajo colaborativo.

Urge en este momento una conciencia más comunitaria en nuestras decisiones, considerar a las demás personas, porque todos cuentan. Esto requiere trabajo, pero también apreciar lo que se ha logrado: muchos colegios han sabido mantener el vínculo con las familias; hay barrios que se organizan para responder a necesidades locales; se despliega ayuda gratuita por muchas partes; incluso el mismo acto de cumplir la cuarentena es trascendente cuando se lee desde la corresponsabilidad. El desafío es mantener vivo estos gestos más allá de la pandemia para trazar las coordenadas de una nueva cultura.

Quienes tenemos la hermosa tarea de educar acogemos hoy la misión de crear las condiciones propicias para este nuevo despertar. La educación sigue siendo primordial y aunque persistan las dificultades, no podemos perder de vista el horizonte.

Es cierto, necesitamos una educación para salir de la crisis, pero, sobre todo, una que nos ayude a configurar nuevas relaciones entre las personas y con el medio ambiente. No es sostenible una educación que habilite a los estudiantes sólo para perpetuar la lógica del mercado. Necesitamos estudiantes y ciudadanos capaces de contemplar, de crear con otros, de desarrollar la bondad y la paz como principales perfiles de egreso y competencia profesional.

Por esta búsqueda mantenemos viva la invitación de buscar en el Evangelio de Jesús las claves para este nuevo despertar. No se trata de proselitismo ni catequesis, sino de sacar este bello patrimonio de los meros límites de una tradición religiosa para mostrarlo como un ejemplo que es también modelo de humanidad para creyentes y no creyentes. Una escuela de pedagogía fraterna, liberadora y compasiva.

Mantenemos viva la invitación de buscar en el Evangelio de Jesús las claves para este nuevo despertar. No se trata de proselitismo ni catequesis, sino de sacar este bello patrimonio de los meros límites de una tradición religiosa para mostrarlo como un ejemplo que es también modelo de humanidad para creyentes y no creyentes.

Escuchar con el corazón

25 de mayo de 2020

En este momento inédito de la historia en que vivimos tiempos de incertidumbre, soledad, vulnerabilidad y miedo, surge la necesidad de mantenernos más cercanos desde el corazón.

La pandemia nos ha obligado a estar físicamente distanciados. No ha sido fácil, pero es una oportunidad para que nuestras relaciones vuelvan a lo genuino y lo esencial: escucharnos más desde y con el corazón. Se trata de una hermosa invitación profética (Ez 11,19): desechar el corazón de piedra, que muchas veces se expresa en actitudes de indiferencia, ego-centrismo, discriminación, etc., para transformarlo en un corazón de carne.

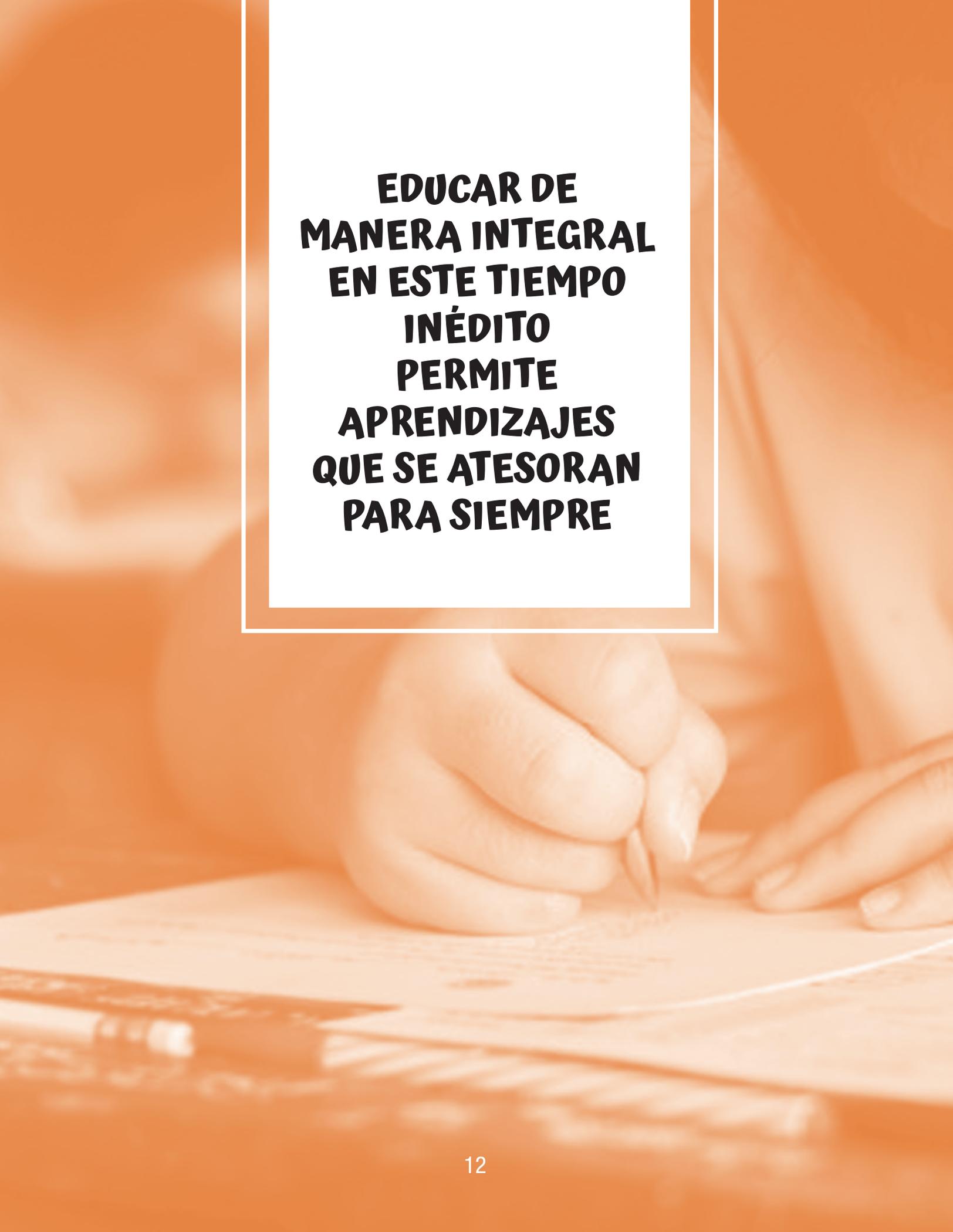
Escuchar con el corazón es un acto educativo primordial, porque implica tiempo real de conexión con lo más sagrado del otro y la disposición sincera para que el otro se busque, se encuentre y se narre. No hay diferencias entre contactos virtuales y presenciales cuando se trata de tejer encuentros genuinamente humanos.

Esto significa, ante todo, la transformación de actitudes interiores, del modo de pensar, de querer, de sentir. A menudo nuestros conflictos son determinados por tensiones internas. Por eso es necesario buscar esa paz interior, nacida de la autoaceptación y del contacto con la misericordia de Dios que nos permiten mayor disponibilidad y escucha hacia las personas. ¿Qué pasaría si, en este tiempo de confinamiento, decidiéramos escucharnos como Dios lo hace?, con toda seguridad redescubriríamos su ternura infinita, una caricia para el alma en medio de la tempestad.

Más allá de las dificultades propias de las comunicaciones a distancia y de las diferentes herramientas tecnológicas, es preciso comprender que escuchar con el corazón es un acto educativo primordial, porque implica tiempo real de conexión con lo más sagrado del otro y la disposición sincera para que el otro se busque, se encuentre y se narre. No hay diferencia entre contactos virtuales y presenciales cuando se trata de tejer encuentros genuinamente humanos.

Jesús, en su encuentro con los discípulos de Emaús enseña que este caminar junto a otros supone conectar y empatizar con sus realidades. ¿De qué vienen conversando juntos por el camino?, es la pregunta lanzada para originar un diálogo que transforma su desánimo en esperanza. Hoy Jesús también nos pregunta a cada uno de nosotros, ¿de qué conversamos en nuestra familia? ¿en nuestra comunidad educativa? ¿qué significa escuchar con el corazón a los estudiantes en esta pandemia?

Escuchar con el corazón también es un aprendizaje para todos y lo mejor es que existe una escuela siempre disponible en todas las plataformas: la pedagogía de Jesús.



**EDUCAR DE
MANERA INTEGRAL
EN ESTE TIEMPO
INÉDITO
PERMITE
APRENDIZAJES
QUE SE ATESORAN
PARA SIEMPRE**

26 de junio de 2020

Uno de los grandes retos que vive la escuela hoy y todo el sistema educativo dice relación con la priorización curricular. El Estado ya ha formulado su propuesta y por redes sociales llueven diferentes espacios y recursos para el buen abordaje de este proceso. Sobre esta marcha necesitamos volver responsablemente a la reflexión respecto del sentido de tener un planteamiento curricular único, para saber priorizar sin perder de vista el horizonte formativo que, como sociedad, hemos convenido (ver LGE. Art. 2).

El currículum es una construcción sociocultural. Una parte importante se constituye de planes y programas como estructura sobre la cual se formulan los saberes que estimamos necesarios para el tipo de ciudadano y de sociedad que queremos formar. De este modo, el ejercicio de reflexionar y priorizar nos sitúa no sólo frente a la necesidad de “salvar el año escolar”, sino que también de repensar la educación en su conjunto de cara al mundo que emergerá después de la pandemia y de las otras crisis que nos golpean en este tiempo.

A partir del criterio de flexibilidad, muy necesario para enfrentar esta crisis, necesitamos establecer ciertos mínimos para que el ejercicio de priorizar no sea leído como recortar contenidos, juntar asignaturas o “sálvese quien pueda”. Una pregunta fundamental en este sentido es ¿de dónde vienen los aprendizajes? No sólo son fruto de interacciones en el contexto del aula, sino que también afloran en toda relación educativa capaz de mediar este proceso en la vida cotidiana. Por eso no podemos educar como si nada de esto hubiera pasado, lo cual implica comprender esta crisis como una fuente de aprendizaje contextualizado.

Lo que resolvamos hoy respecto de cuáles son los aprendizajes esenciales marcará profundamente las prioridades, tanto de las planificaciones docentes y

experiencias de aprendizaje, así como del mundo que nos decidamos a tejer con las nuevas generaciones. Por eso la priorización nos centrará la mirada en la persona de cada estudiante, con todas sus dimensiones, quien, por justicia y ética, tiene derecho a una educación integral, independiente de las circunstancias históricas que nos afecten. Sabemos que no es fácil y que, de parte de los educadores, esto requiere el desarrollo de una virtuosa combinación entre profesión, vocación y pasión.

Como sociedad saldremos heridos por sufrimientos y duelos, frustrados por no poder hacer todo lo que estaba planeado, agobiados por el exceso de trabajo y fuertes dosis de incompreensión. Pero ningún educador ha llegado a serlo sin haber sufrido. Hemos aprendido de nuestras heridas y aquí estamos de nuevo poniendo el hombro por el bien de otros. Estamos viviendo más que nunca la pasión por educar. No escondamos eso. No privemos a los estudiantes nuestros ojos cansados. Lo poco que podamos hacer, aquello que es humanamente posible, hagámoslo bien y que ellos lo vean para que también se sepan cómplices en esta ruda travesía. Si todos juntos podemos arreglar la carga en el camino, imagínese las habilidades y aprendizajes que nos regalará esta parte dramática de la historia.

Lo que resolvamos hoy respecto de cuáles son los aprendizajes esenciales marcará profundamente las prioridades, tanto de las planificaciones docentes y experiencias de aprendizaje, así como del mundo que nos decidamos a tejer con las nuevas generaciones.

19 de agosto de 2020

Este año, el tiempo educativo de la escuela y de la educación superior coincide y es absorbido abruptamente por los tiempos tecnológicos. Es un fenómeno inédito que nos exige buscar nuevos caminos de convergencia entre lo presencial y lo virtual, en tanto experiencias de aprendizaje.

Resulta profético que el Papa Francisco, en su promoción del Pacto Educativo Global, dedicara un apartado a este tema: “El uso y la gestión de estos mundos digitales plantean enormes desafíos a la tarea educativa (...) si bien la educación requiere un movimiento constante de crecimiento y, por lo tanto, de cambio, «la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica»⁴.

Se plantea de plano una divergencia central: la velocidad, el ritmo y las modalidades operativas de los mundos digitales, parecen contrastar con la dinámica implicada en la educación. Lo anterior se comprende mejor si se piensa en el proceso de crecimiento no solo físico-biológico de niños, niñas y jóvenes, sino también emocional, afectivo, espiritual y cultural. Se trata de procesos con tiempos no predecibles y que suponen un ritmo específico y una cierta lentitud.

En el mejor de los escenarios las comunidades educativas se están encontrando vía pantalla. Sin embargo, cabe preguntarse ¿el proceso educativo es simplemente remplazado por estas iniciativas? ¿podríamos seguir así, porque, de un modo u otro, se garantiza una cierta cobertura curricular e incluso la realización de iniciativas pastorales y formativas?

La experiencia del encuentro en la sala de clases permite un conocimiento e interacción más fluidos entre estudiantes y docentes. El acto de escucharse mutuamente cobra mucho significado de apoyo educativo cuando es vivido desde el encuentro presencial. Lo mismo ocurre con la posibilidad de hacer trabajos grupales o simplemente compartir y jugar en un recreo.

La educación necesaria hoy es una educación que no sólo no tiene miedo de la complejidad de la realidad, sino que se esfuerza por capacitar a todos aquellos a quienes se dirige para que puedan vivir esta complejidad y humanizarla.

Ahora, reconociendo las oportunidades de las herramientas tecnológicas, la educación post pandemia nos presenta el desafío de hacer el camino contrario: que los tiempos educativos determinen el ritmo de los tiempos tecnológicos. En esta coyuntura, nos damos cuenta de que lo importante no es tanto el medio tecnológico, sino más bien la conciencia de lo que está implicado en el fenómeno educativo. Esto requiere el desarrollo de una nueva habilidad para lograr la convergencia entre tiempos educativos y tiempos tecnológicos.

De este modo el tiempo educativo podrá seguir siendo un kairós, es decir, un tiempo de Dios, un tiempo oportuno, una ocasión de vida plena, cuando, gracias al encuentro vivo entre estudiantes y adultos, se vislumbran estas múltiples relaciones de carácter afectivo, cultural, cognitivo y espiritual que constituyen el tejido de la realidad. Los medios cambian, pero el propósito de humanización se mantiene y de este modo nos lo recuerda el Papa Francisco: “La educación necesaria hoy es una educación que no sólo no tiene miedo de la complejidad de la realidad, sino que se esfuerza por capacitar a todos aquellos a quienes se dirige para que puedan vivir esta complejidad y humanizarla”⁵.

⁴ Papa Francisco (2019). *Instrumentum laboris*, p. 7.

⁵ Idem, p. 8

La conectividad como derecho

7 de octubre de 2020

Entre nuevas fases preventivas y el riesgo de posibles rebrotes, seguimos atentamente el desarrollo de la pandemia, en cuyo escenario la posibilidad de una vuelta presencial a clases generalizada sigue generando muchas dudas. Hay un gran acuerdo respecto del tremendo valor que tienen para el aprendizaje, pero la cautela demanda prioridad y todo indica que el 2021 no será muy distinto.

En este contexto, la educación a distancia ha llegado para apoyar al proceso educativo, tratando de no descuidar los vínculos humanos. Ciertamente este recurso, si bien transita por el camino de las soluciones posibles, ha tenido en estos meses muchas dificultades para su desarrollo. La principal es el difícil acceso a la conectividad por parte de muchos estudiantes y profesores, ya sea por mala cobertura del servicio o por la ausencia total de redes de conexión. A esto se agrega el hecho de no contar con un computador exclusivo para las clases diarias o con dispositivos adecuados para la lecto-escritura digital. Una realidad presente en muchos hogares, principalmente de menores ingresos, lo que además de complicar la educación a distancia revela la desigualdad de condiciones necesarias para que ésta se cumpla.

Es posible identificar tres fases en la relación del sistema educativo con la conectividad desde que iniciamos la cuarentena. Primero se dio la urgencia de echar mano a los medios disponibles de modo paliativo hasta un eventual retorno a lo presencial que, se pensaba, iba a ser pronto. Segundo, se vio la necesidad de ampliar este recurso en equipos, planes y capacidad, flexibilizando el uso de la subvención escolar, con muchas horas de capacitación a todo nivel y aprendiendo sobre la marcha a reconocer el mundo digital como experiencia de aprendizaje. Y tercero, hemos llegado a comprender que, independientemente del curso de la pandemia (y otras que podrán aparecer), la modalidad a distancia y mixta llegó para quedarse y será una alternativa que el sistema deberá incorporar dentro de la política educativa.

Esto último tiene particular importancia, pues la conectividad ya no es considerada sólo como un mero recurso, sino como una variable fundamental para asegurar el acceso al derecho de la educación y evitar así una nueva causa de segregación o exclusión educativa. Por eso no es algo que únicamente pueda depender de las posibilidades de cada familia, comunidad educativa o territorio.

El programa “Conectividad para la Educación 2030”⁶ avanza en ese sentido con criterio de urgencia, pero es necesario mirar este aspecto más a fondo y comprenderlo con un requisito básico que el Estado requiere propiciar, no necesariamente sujeto a postulación, para el buen ejercicio de la docencia y el buen desempeño de los estudiantes. Se trata de una base mínima que se suma a otras estrategias para mantener la continuidad educativa como, por ejemplo: la vuelta a clases presenciales del modo como sea posible y seguro, el uso de medios masivos (televisión y radio), de medios impresos y visitas a domicilio. En este sentido, si se asegura la conectividad educativa universal, todas estas estrategias pasarán de la urgencia a una complementariedad coherente y novedosa para todo el sistema.

La conectividad ya no es considerada sólo como un mero recurso, sino como una variable fundamental para asegurar el acceso al derecho de la educación y evitar así una nueva causa de segregación o exclusión educativa.

⁶ <https://www.mineduc.cl/convocatoria-para-conectividad-para-la-educacion-2030/>

Profesores de religión 3.0

2 de octubre de 2020

Toda esta realidad ha forzado a muchos profesores a meterse de manera abrupta en procesos tecnológicos, han tenido que aprender a usar plataformas, páginas web, recursos digitales, etc. Por su parte, muchos niños y jóvenes usaban desde hace tiempo bastante tecnología, pero en gran medida era para jugar o interactuar en redes sociales. Notamos así una brecha entre las prácticas docentes y los intereses de los estudiantes.

*Tarea compleja pero apasionante:
vincular el mundo virtual con la
dimensión espiritual de cada ser
humano. Dios no es ajeno al desarrollo
del mundo y de las personas.
Él está allí, presente y dinámico.*

Hoy tenemos todas las condiciones digitales para generar material didáctico y, a través de él, seguir poniendo al estudiante como protagonista, con el aprendizaje al centro de nuestra intencionalidad educativa. La clase de religión no puede estar ajena a esta realidad. Ya lo dice el Nuevo Programa de Religión Católica al abordar el aporte que esta asignatura debe entregar al aprendizaje de los Objetivos Transversales, señalando que la dimensión de las tecnologías de la información y comunicación está aportando a la formación integral de “los estudiantes del S. XXI, cuyo acercamiento al conocimiento en gran parte se realiza a través de la mediación virtual”.

Si esto es así para los profesores de religión, además de ser más digitalizados, nos cabe una vez más la misión ineludible de darle alma y sentido a estas nuevas formas. Tarea compleja pero apasionante: vincular el mundo virtual con la dimensión espiritual de cada ser humano. Dios no es ajeno al desarrollo del mundo y de las personas. Él está allí, presente y dinámico.

No sólo hemos tenido que ser profesores más digitalizados, sino también se ha relevado la función e importancia social de la docencia. Están los contenidos, pero necesitamos la mediación para que estos se transformen en conocimiento y formación. El proceso educativo es siempre relacional, por eso es vital la acción del docente en esta mediación. El papa Francisco nos dice: “El gran continente digital no es simplemente tecnología, sino que está formado por hombres y mujeres que llevan consigo lo que tienen dentro, sus experiencias, sus sufrimientos, sus anhelos, la búsqueda de la verdad, de la belleza, de la bondad”.

Para llegar a ser un profesor 3.0 necesitamos transitar hacia:

- Procesos en donde el estudiante, a través de la mediación del docente, sea no solo receptor, sino que participe de todo el proceso como protagonista del mismo.
- La cercanía virtual como suplencia de la ausencia presencial, para no caer en la inexistencia.
- La transformación de la sala de clases en el espacio virtual que le ofrece internet con todos sus recursos y posibilidades.
- Una capacidad crítica razonada que cuestiona y articula la información, para transformarla en conocimiento a partir de las propias respuestas que el estudiante va descubriendo.
- Vincular el saber de las distintas disciplinas, para generar conocimiento integrador y cargado de sentido para enfrentar la realidad.
- Disposición permanente para aprender de y con sus estudiantes. Nadie que quiera enseñar hoy debe cerrarse a aprender cada día algo nuevo.
- Afán permanente por innovar en método y prácticas, sabiendo que cada clase es una oportunidad de hacer todo de nuevo.
- Puede haber muchos otros caminos, nosotros planteamos sólo algunos.

¿Qué nos enseña la crisis?

6 de abril de 2020

Aprender en casa ha sido la gran consigna de este tiempo. Siempre ha sido así, pues el vínculo familiar nunca ha dejado de ser fuente de los aprendizajes fundamentales para la vida. Pero en este esfuerzo coyuntural y complejo de llevar la dinámica escolar a la casa, la pregunta que proponemos hacernos no es tanto cómo seguir aprendiendo las materias del currículum, sino qué es lo que esta crisis nos enseña.

El hogar y la escuela tienen la misión de formar a las nuevas generaciones de cara a las necesidades del mundo y al tipo de sociedad que vamos construyendo.

En este sentido, la emergencia sanitaria que vivimos perfectamente podría no ser un paréntesis crítico en nuestro estilo de vida, sino que una oportunidad para comprender de otra manera la historia, el desarrollo y la convivencia humana. ¿Estamos preparados para leer y asumir, desde la educación, este desafío?

Podremos tener una discusión fecunda sobre cómo será el mundo en unos años más y qué competencias necesitamos formar y desarrollar. Sin embargo, lo que vivimos hoy nos demanda una pausa para respirar hondo y volver a la pregunta respecto de la capacidad de nuestro sistema educativo para responder o no a

las exigencias de un mundo en constante cambio. En esta búsqueda, honremos con gratitud la labor de todos los educadores (familias, docentes, directivos y sostenedores). Combinemos con ellos nuestros talentos para ganar en educación integral, valorando aquello que esta crisis nos señala como lo más esencial de lo humano: el valor de la vida y la solidaridad como remedio a todos nuestros males.

Lo que vivimos hoy nos demanda una pausa para respirar hondo y volver a la pregunta respecto de la capacidad de nuestro sistema educativo para responder o no a las exigencias de un mundo en constante cambio.

Primera infancia, el gran tesoro para un mundo en crisis

17 de junio de 2020

Los adultos tenemos mucho que aprender de esta mirada, animándonos a contemplar la preciosa manera como Dios se manifiesta, con cándida sabiduría, para recordarnos que el Reino se descubre con el asombro original de la infancia.

Recientes estudios a nivel nacional e internacional son categóricos en concluir que una educación preescolar de calidad produce un impacto profundo en la formación y desarrollo en todo ámbito de las personas, que tiene un efecto muchísimo mayor que la intervención mejorada en la etapa escolar o universitaria, por lo que la inversión que se haga en la etapa inicial, beneficia ocho veces más que la realizada en etapas posteriores.

Toda labor educativa dedicada a la primera infancia debe considerar seriamente este dato. Es en esta etapa donde parte la justicia educacional, lo cual cobra más sentido si se despliega con una pedagogía basada en el amor, especialmente en los contextos más vulnerables. Por eso es prioritario apostar por una formación integral de tantos niños y niñas, con énfasis en el desarrollo de la espiritualidad. La calidad de nuestra entrega será muy determinante de las oportunidades que los niños tengan en toda su trayectoria educativa y vital.

Uno de los aspectos más importante durante esta etapa es garantizar la salud física, mental y espiritual de los integrantes de cada comunidad educativa, especialmente de los párvulos. Es por esto que, en este período de suspensión de actividades producto del Covid 19, ha sido clave mantener el acompañamiento a los niños, niñas y sus familias con el fin de seguir resguardando ambientes y oportunidades de aprendizaje, junto con seguir fortaleciendo a distancia los lazos afectivos, tan importantes en esta etapa de la vida.

Estamos cuidando un tesoro. Los niños en la primera infancia tienen una forma muy particular de ver la realidad y esta apertura a un mundo en crisis marcará profundamente la sensibilidad de las nuevas generaciones. Los adultos tenemos mucho que aprender de esta mirada, animándonos a contemplar la preciosa manera como Dios se manifiesta, con cándida sabiduría, para recordarnos que el Reino se descubre con el asombro original de la infancia.

Estamos comprometidos con esta cadena de bondad para una mejor calidad de vida de los niños y niñas y sus familias. Es un granito de arena en este tremendo desierto. Pero sigue intacta nuestra fe y esperanza en que este trabajo logre impactar positivamente, de cara a una sociedad más justa, humana y solidaria.

**EDUCARNOS EN
HUMANIDAD
JUNTO A JESÚS
MAESTRO
NOS RENUEVA
EN EL COMPROMISO
MISIONERO**

18 de noviembre de 2020

Resuenan aún el impacto del plebiscito histórico en el cual la ciudadanía se expresó a favor de redactar una nueva Constitución. Se abre así un proceso muy interesante que estará marcado, en primera instancia, por la elección de quienes formarán parte de los 155 integrantes de la Convención Constitucional. Por eso, antes de darle vueltas a los grandes temas a debatir en esta instancia, es necesario detenerse un poco en quienes tendrán esta responsabilidad. Más allá de lograr una necesaria diversidad representada, de por sí valiosa, es importante atender a la pregunta sobre lo que legítimamente la ciudadanía espera de tales representantes.

Si se abre esta pregunta posiblemente emerjan rasgos virtuosos como capacidad de diálogo, preparación intelectual, coherencia con las ideas propias y respeto por las de los demás, disposición de apertura para acoger otras miradas y, especialmente, un alto sentido del bien común. El punto crítico aquí no se refiere tanto a las ideas por debatir o las cuotas de representación -por ahora-, sino que tiene relación con las personas, con su formación humana, ciudadana y espiritual, en su sentido más amplio.

Si, espiritual también, y no se trata de algo desconectado de la realidad, muy por el contrario. Así como el ángel increpó a los galileos luego de la Ascensión de Jesús “¿qué hacen ahí, mirando al cielo?” (Hch. 1, 11), la espiritualidad revela su sentido más genuino para cuando aprendemos del mismo Dios a “escuchar los clamores del pueblo” (cf. Ex. 3, 7), a saber mirarnos como prójimos (Lc. 10, 35) y a leer en el Magnificat de María un llamado esperanzador con un profundo trasfondo político (Lc. 1, 46-56).

Independientemente de las creencias religiosas, hay una clave de la espiritualidad que se expresa en la capacidad para generar diálogos honestos, respetuosos y transformadores, donde no se confundan principios con intereses y donde, desde las distintas realidades, se pueda visualizar un horizonte compartido de dignidad para todos. Por supuesto que las tradiciones religiosas tienen mucho que aportar al bien común y en este sentido la Iglesia Católica ha instado a los fieles a participar responsable y coherentemente de este proceso. “La auténtica vida política, fundada en el derecho y en un diálogo leal entre los protagonistas, se renueva con la convicción de que cada mujer, cada hombre y cada generación encierran en sí mismos una promesa que puede liberar nuevas energías relacionales, intelectuales, culturales y espirituales” (Fratelli Tutti, 196).

Es importante que en todos los ciudadanos y sobre todo en las autoridades (y en este caso en los constitucionales), el ejercicio de la ciudadanía vaya acompañado del desarrollo de la dimensión espiritual, la cual siempre nos ayudará a trascender de nuestro ego para situarnos éticamente desde la realidad de todo el pueblo, especialmente de quienes más sufren las consecuencias de sistemas injustos que todos buscamos corregir.

Independientemente de las creencias religiosas, hay una clave de la espiritualidad que se expresa en la capacidad para generar diálogos honestos, respetuosos y transformadores, donde no se confundan principios con intereses y donde, desde las distintas realidades, se pueda visualizar un horizonte compartido de dignidad para todos.

22 de octubre de 2020

C

áin responde cínicamente cuando se le pregunta por la suerte de su hermano Abel “¿Acaso soy yo el cuidador de mi hermano?” (Gn 4, 9). Y nosotros ¿qué responsabilidad tenemos con los otros y, especialmente con aquellos que piensan distinto? Ésta podría ser la pregunta a plantearse en la actual coyuntura que vive Chile. “Hermanos todos”: responde el Papa a esta pregunta con su última encíclica, recordándonos providencialmente una mirada y una espiritualidad para asumir este controvertido momento histórico que vivimos como país.

La hermandad como horizonte vital requiere un camino educativo, mucho aprendizaje y escucha para recuperar el sentido de la caridad y relacionarla con la política.

Francisco propone dar un salto cualitativo a la experiencia de habitar el mundo, para transformarlo corresponsablemente desde una profunda convicción, de que es más lo que nos une que lo que nos separa. Aprender a mirarnos a los ojos y escuchar las diferencias en lugar de tirarnos piedras. Estamos invitados a recrear, cuidar, reconstruir la casa común y eso es política. Francisco nos invita a compartir una mirada profética, una nueva manera de convivir, pero no es un tema solamente de voluntad, sino que es necesario aprenderla. Hay un llamado para el mundo de la educación, de manera transversal a ejercitar la experiencia de construir con el otro.

El Papa ilustra esta realidad de la hermandad a través de la parábola del Samaritano: él se hace cargo del herido en el camino, superando todas las barreras sociales se hace prójimo y lo reconoce como herma-

no. Ahora bien, la encíclica nos desafía a reconocer la actitud del samaritano, no sólo como horizonte ético (ser cada uno buena persona), sino que también social y político. Por eso dice: “Sólo con una mirada, cuyo horizonte esté transformado por la caridad, que le lleva a percibir la dignidad del otro, los pobres son descubiertos y valorados en su inmensa dignidad, respetados en su estilo propio y en su cultura, y por lo tanto verdaderamente integrados en la sociedad. Esta mirada es el núcleo del verdadero espíritu de la política”. (n.187)

La hermandad como horizonte vital requiere un camino educativo, mucho aprendizaje y escucha para recuperar el sentido de la caridad y relacionarla con la política. “Lo que se necesita es que haya diversos cauces de expresión y de participación social. La educación está al servicio de ese camino para que cada ser humano pueda ser artífice de su destino”. (n. 187)

Si vivir la hermandad es algo que implica un camino educativo, los lugares de educación formal, especialmente los de inspiración católica, tienen que tomar cartas en el asunto.

Reconocemos en estas palabras la experiencia de tantos colegios de nuestra Arquidiócesis que han dado testimonio de aquello en este tiempo tenso. Como declara uno de los compromisos del Pacto Educativo Global impulsado por Francisco, se trata de “escuchar la voz de los niños y los jóvenes a los que transmitimos valores y conocimientos, para construir juntos un futuro de justicia y paz, una vida digna para cada persona”.

La construcción de una humanidad cada vez más corresponsable es una hermosa expresión, hacerla realidad requiere de la urgente decisión de quienes diseñan los planes educativos. La escuela, las universidades y la familia, son los lugares más adecuados para aprender a construir desde una sana valoración y diálogo de nuestras legítimas diferencias.

En todo el mundo enfrentamos una doble crisis: la sanitaria y la económica. Observando la diversidad de medidas tomadas, la pregunta de fondo es ¿qué debemos cuidar? La respuesta parece obvia: La vida. El problema es qué caminos se priorizan para ello. La activación de cuarentenas para cuidar la salud debe necesariamente ir de la mano con medidas económicas que favorezcan su cumplimiento. No pueden ser caminos excluyentes si se trata de cuidar la vida, no sólo de los contagios sino también de todos los problemas asociados a la pobreza.

La cesantía aumenta críticamente y la estabilidad económica se desmorona. Si miramos, por ejemplo, la realidad de uno de nuestros colegios, el porcentaje de estudiantes del programa JUNAEB aumentó de un 56% a un 80% este año. El esfuerzo estatal y la propia organización de campañas internas, no dan abasto para tanta necesidad. Se pone en jaque nuestra creatividad y capacidad de discernimiento para saber a quién llegar, que posea mayor necesidad para entregar “la última canasta”.

Pero ocurre aquí algo sorprendente y maravilloso, varias de las familias, aun siendo necesitadas, ha donado voluntariamente sus canastas a otras que están en una situación de mayor desventaja. A nuestro juicio esto es algo que no se improvisa, se forma. El personal de otro colegio decidió que los bonos de locomoción y colación sean destinados a comprar canastas. Otros cuatro colegios se abrieron para recibir a hermanos migrantes. Otros están apoyando ollas comunes sobre todo en comunas con mucha vulnerabilidad.

El colegio sigue siendo, ante todo, lugar de aprendizaje. Por eso el plan curricular y la alianza con las familias buscan ofrecer a los estudiantes una forma-

ción coherente con el PEI, inspirado en los valores del Evangelio. La solidaridad, el sentido social, la equidad, la resiliencia, la mirada positiva de la vida, tolerancia a la frustración y la ética forman parte de nuestra apuesta valórica, que hoy se ve más desafiada.

Por los medios de comunicación sabemos de personas que actúan irresponsablemente y nos preguntamos qué ha fallado. Son casos que nos interpelan acerca del sentido social y la educación ética respecto del cuidado de la propia vida y la de los demás. Una sociedad ensimismada, individualista, indiferente, no podrá avanzar en la tarea solidaria - y no sólo asistencial- de cuidarnos entre todos.

En este tiempo necesitamos más que nunca que, al cerrarse las puertas físicamente por prevención, se abran todas las ventanas posibles para ventilar nuestras anquilosadas prácticas individualistas y avanzar comunitariamente en el cuidado de la vida. Que nuestras casas y escuelas, sean verdaderos espacios de formación ética y solidaria. Que la fuerza del Espíritu nos ayude a discernir nuevos caminos para una mejor humanidad.

Necesitamos más que nunca que, al cerrarse las puertas físicamente por prevención, se abran todas las ventanas posibles para ventilar nuestras anquilosadas prácticas individualistas y avanzar comunitariamente en el cuidado de la vida.

El valor preventivo de la comunidad y los vínculos

2 de septiembre de 2020

Estamos viviendo tiempos convulsos. El debate sobre la vuelta presencial y la priorización de contenidos curriculares ha exigido el despliegue de metodologías y competencias nuevas, con más imaginación que certezas. Existe una legítima preocupación por el desarrollo del año escolar, la cobertura, la promoción y las evaluaciones. La incertidumbre es generalizada y el cansancio es comprensible. Nuevamente, este escenario nos interpela sobre lo que es esencial: la centralidad en la persona del estudiante, teniendo presente sus emociones, sus preocupaciones, sus dolores y sus redes de apoyo.

Por eso, la primera priorización que genera mucho acuerdo es la de mantener el vínculo humano, a toda costa, con todos los medios y pretextos posibles, no tanto para “cumplir” con requerimientos formales, sino para que el otro, la persona del estudiante, se sienta querido, comprendido e importante en una comunidad que lo valora y contiene.

Desde la ética del cuidado se comprende la importancia de las relaciones humanas al servicio de una educación integral. El cuidado se expresa en el compromiso de la comunidad educativa que posibilita en los estudiantes un positivo desarrollo psicológico, emocional, cognitivo, afectivo y social. Desde esta ética se aborda el cuidado de sí mismo y de los otros; de aquello que es de todos; viviendo la solidaridad y la corresponsabilidad en la construcción de un ambiente de confianza y ayuda mutua.

Este sentido de comunidad no es algo instrumental, es un espacio educativo por excelencia para el desarrollo de la propia identidad. Independiente del avance o no avance de “las materias”, este tiempo nos ofrece la oportunidad para crecer en esta experiencia de “sentirse parte”. Hay muchas estrategias preven-

Este sentido de comunidad no es algo instrumental, es un espacio educativo por excelencia para el desarrollo de la propia identidad. Independiente del avance o no avance de “las materias”, este tiempo nos ofrece la oportunidad para crecer en esta experiencia de “sentirse parte”.

tivas del abandono escolar que se pueden compartir, y en todas ellas hay un denominador común: fortalecer el vínculo, experimentar que somos importantes para otros, quienes creen en nuestro potencial. Para ello, es primordial que la comunidad considere siempre espacios de autocuidado, de escucha y acompañamiento personal y comunitarios en todos sus estamentos.

Ya veremos cómo resolver el tema de los contenidos, las evaluaciones y las posibilidades de retorno. Hemos demostrado ser muy creativos en eso y el factor de la colaboración ayuda mucho en este camino de las soluciones. Pero es un imperativo evitar que los niños, niñas y jóvenes interrumpen sus trayectorias educativas. No se trata sólo del restablecimiento de un derecho, sino de reconocer que tal abandono es una señal, también, de algo más profundo que nos cuestiona sobre el lugar que ocupa el amor en el ejercicio educativo. Si hacemos un recuerdo de nuestros aprendizajes en la vida, seguramente reconoceremos la huella de aquellos que sentimos fueron entregados con amor y dedicación.

Avanzar, retroceder y adaptarse

13 de agosto de 2020

Todo indica que entramos en una nueva etapa, pero no debemos bajar la guardia. El desconfinamiento en todos los países ha estado marcado por rebrotes de contagios y, si bien, no se puede tener garantía plena mientras no haya una vacunación masiva, la corresponsabilidad es y será nuestra gran política de prevención para continuar la marcha de la sociedad. El miedo es razonable, pero no nos puede paralizar.

En este proceso están los colegios que acompañamos y agradecemos el compromiso, la innovación y la creatividad desplegados este tiempo por el bienestar de los estudiantes y sus familias. Pues no se trataría de una "vuelta a clases", porque los colegios siempre han permanecido con sus puertas abiertas, privilegiando el vínculo en la escucha, la contención emocional, la entrega de alimentos y guías de estudio, y disponiéndose como albergues para acoger a quien lo necesite.

Todas experiencias muy formativas. Y si algo hemos aprendido de esta crisis es el valor de la solidaridad, la cual no sólo nos ayuda a enfrentar la emergencia, sino que se perfila como la gran característica de la educación pospandemia.

Tenemos plena consciencia de que nadie puede salvarse solo. Por eso, esta solidaridad se expresa en colaboración, reconocimiento, respeto y valoración de la autonomía de las personas y de las comunidades educativas. Porque cualquier decisión respecto de la "presencialidad" debe considerar en este tiempo sus diferentes realidades, posibilidades y ritmos.

Hay muchos desafíos en este paso. Lo principal es cuidar la vida y la salud tomando todos los resguardos sanitarios. Acompañar a los estudiantes de acuerdo con sus situaciones particulares, poniendo especial énfasis en quienes han estado más distantes

del proceso educativo por falta de recursos. Gestionar en comunidad una adecuada disposición de los espacios físicos, el uso de turnos, el desarrollo de una modalidad mixta, etc. Todo lo que implique pensar creativamente en otras formas de ser escuela, manteniendo la dinámica de aprendizaje, la motivación y bienestar emocional de los estudiantes y de quienes los acompañan en este proceso.

Si algo hemos aprendido de esta crisis es el valor de la solidaridad, la cual no sólo nos ayuda a enfrentar la emergencia, sino que se perfila como la gran característica de la educación pospandemia.

Estamos aprendiendo a navegar en la incertidumbre, lo cual implica tener claridad para saber avanzar, retroceder y adaptarse, consigna que surge de una reflexión compartida y sostenida desde el estallido social. Esto significa poner una diligente atención a cinco puntos claves para minimizar los riesgos: 1) una planificación previa que ordene, 2) baja densidad, 3) contacto reducido, 4) actuar informadamente y 5) monitoreo y control permanente.

Frente a este nivel incertidumbre no podemos improvisar. Sin embargo, es posible y necesario sostener certezas mínimas y esenciales, como reafirmar que la vida es lo primero y todo lo demás son adecuaciones. Algo fundamental que Jesús formuló de otro modo y que representa un consejo maravilloso para cuando el mundo está revuelto: "busquen primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás vendrá por añadidura" (Mt 6,33).

Ser luz en todas partes

20 de mayo de 2020

El 15 de mayo Santiago entró en una gran e inédita cuarentena total. Se dice que fue para cuidarnos y no colapsar el sistema de salud, pero en el fondo se trata de sobrevivir a esta pandemia y sus consecuencias, lo cual nos genera miedo e incertidumbre. Entramos en una noche oscura, donde la fe nos interpela para ser chispa, luz y hoguera para el mundo.

Creemos que especialmente los jóvenes han sido llamados, en todas las épocas, a ser esta luz para trazar los nuevos caminos de la humanidad. Y en nuestra misión de acompañamiento al mundo de la educación superior, hemos constatado que esta luz se ha visto amenazada por las tempestades de la crisis social, la pandemia, la pobreza y el agobio.

Todos estos factores, sumados al alto costo de los aranceles, problemas de conectividad, crisis existenciales y, en muchos casos la falta de apoyo familiar, hacen que los jóvenes estén exigidos a rendir, lo que hemos llamado: la carrera más difícil del mundo. Carrera en la que muchos señalan que no están aprendiendo lo que deberían.

Junto con valorar los esfuerzos desplegados, nos parece urgente insistir para que autoridades y casas de estudio empaticen más con esta realidad, flexibilizando exigencias académicas y brindando un apoyo integral, especialmente a quienes viven en contextos de mayor vulnerabilidad. Creemos profundamente que en la experiencia de cada estudiante no sólo palpita un sueño vocacional o un deseo legítimo de salir adelante, también hay una oportunidad preciosa para desarrollarnos humanamente como sociedad.

Toda educación es fruto y expresión de una corresponsabilidad ética e intergeneracional. Por eso es importante invitar también a los propios estudiantes para que, independiente de sus condiciones y circunstancias, tomen consciencia de esta noche oscura que nos acecha a todos y redescubran esa chispa que los sitúa en esta historia como actores de cambio.

El horizonte que se perfila para nuestra sociedad es crítico; necesita nuevos talentos y nuevos compromisos que sepan aprender de las dificultades, reparar lo dañado y mejorar nuestra convivencia. En medio de tanta precariedad e incertidumbre, hay una hermosa certeza que no podemos olvidar: todos podemos ser luz en todas partes.

Creemos profundamente que en la experiencia de cada estudiante no sólo palpita un sueño vocacional o un deseo legítimo de salir adelante, también hay una oportunidad preciosa para desarrollarnos humanamente como sociedad.

Repensar la educación del futuro

26 de agosto de 2020

Esta pandemia nos ha hecho repensar, ponderar y revalorar muchas cosas. Así como echamos de menos el contacto y la cercanía con otros, hemos buscado y experimentado nuevas formas para expresar nuestras emociones y estar juntos desde la distancia en momentos tristes, dolorosos o alegres. Cuando volvamos a encontrarnos presencialmente, sabemos que muchas de nuestras conductas cotidianas van a cambiar.

Como se ha dicho, algunas de estas nuevas formas de relación llegaron para quedarse. Tal vez sigamos teniendo reuniones virtuales y lo presencial deberá estar muy justificado como, por ejemplo, alguna celebración significativa en nuestro espacio familiar o laboral, con mascarilla y sin abrazos.

Esto nos hace repensar la educación del futuro, dada la priorización curricular que, siendo para enfrentar la emergencia, nos señala cuestionamientos importantes. El primero se refiere a la cantidad de contenidos que el sistema educacional ha determinado que se debe aprender. La priorización curricular en todos los niveles de enseñanza y respecto de todas las materias ha puesto en relevancia que no todos los objetivos de aprendizaje se ponderan de la misma manera. Hay algunos que son claves y prioritarios, y otros pueden ser más o menos prescindibles o complementarios.

Desde aquí, entonces, nos preguntamos acerca de la cantidad de contenidos que los estudiantes deban aprender en su proceso formal de educación. Tal vez no son pocos, tal vez no son tantos ¿Qué es lo mínimo que realmente podemos procurar bien, como efecto dominó, para cumplir con el propósito de una educación integral?

La segunda interrogante tiene que ver con la integración de saberes y el trabajo colaborativo entre distintas disciplinas. Hoy, la experiencia de muchos profesores que se han reinventado en este tiempo ha puesto en evidencia que un mismo objetivo de apren-

dizaje puede abordarse desde distintas asignaturas a la vez, potenciando de esta manera la comprensión y la síntesis en cada estudiante desde la práctica pedagógica.

Por último, la tercera pregunta tiene que ver con la relevancia que se le ha dado al ámbito de las emociones y la espiritualidad. Los protocolos del MINEDUC, on line o presencial, en estos tiempos de pandemia solicitan que el día de trabajo se inicie abordando el estado emocional de niños, niñas y educadores, proporcionando contención y sentido a lo que estamos viviendo. Se reclama más que nunca la posibilidad del desarrollo espiritual donde encontrar ese sentido y hacernos la pregunta fundamental sobre Dios.

UNESCO, hace varios años, planteaba que los objetivos fundamentales del proceso educativo debían responder a cuatro pilares: aprender a ser, aprender a conocer, aprender a hacer y aprender a convivir. Antes de la pandemia, con un sistema sobre exigido por el currículo vigente y tantas otras mediciones, parece que estábamos más concentrados en aprender a conocer. Hoy día se nos han puesto de relieve estas otras dimensiones y pareciera que vamos encontrando maneras creativas de implementarla e integrarlas, así como también a centrarnos en lo fundamental.

En estos tiempos de pandemia solicitan que el día de trabajo se inicie abordando el estado emocional de niños, niñas y educadores, proporcionando contención y sentido a lo que estamos viviendo. Se reclama más que nunca la posibilidad del desarrollo espiritual donde encontrar ese sentido y hacernos la pregunta fundamental sobre Dios.

CONCLUSIÓN:

El tren del año en que más hemos aprendido⁷

17 de diciembre de 2020

El 2020 partió como un tren de carga y pasajeros, lento y pesado. A poco andar, y todavía sin velocidad, tuvo que enfrentar una cuesta tremenda que, aunque en algunos momentos fue más suave, persistió todo el año. Pero el tren no paró nunca, funcionó todo el tiempo, con electricidad a ratos, a diésel u otros. En el camino instaló un sistema nuevo de energía natural y también reactivó una caldera antigua a carbón para casos especiales.

Así ha sido el sistema educativo este año, no ha parado, no puede hacerlo. La máquina tiene que funcionar y llevar a buen recaudo a los pasajeros y las encomiendas, así sea entregando guías impresas, publicándolas en redes sociales, con trabajo en línea, Opor radio, tv, o yendo a buscar en terreno a quienes no han podido llegar a ninguna clase.

Si alguna vez habíamos soñado con sintetizar el currículum, disminuir la carga académica, priorizar aprendizajes, hacer trabajo colaborativo entre disciplinas; si alguna vez se nos había pasado por la mente gestionar un colegio sobre la marcha, flexibilizando todo y adaptando todo, con clases y contenidos a medida y a distancia, nunca se nos habría ocurrido que fuera posible, que fuera tan pronto y en tan poco tiempo. ¡Y se ha hecho!

Fuera de todo pronóstico el año 2020 nos deja grandes aprendizajes para adelante. Aprendizajes que se quedan, especialmente porque el criterio de todo lo aprendido ha pasado por una honesta y compartida búsqueda de humanizar más la educación.

Y este año, junto con pérdidas de familiares y amigos, con malos ratos, miedos, el invierno más largo, las vacaciones más deseadas, los insomnios, muchas películas y libros, y tantas cosas más, nos deja nuevos saberes. Aquí todos hemos sido de alguna manera maquinistas, pasajeros, jefes de estación, equipos de aseo, cargadores, mecánicos, ingenieros, etc. Hemos aprendido a cambiar roles, a colocarnos en el lugar del otro, a ser más flexibles y a empujar juntos, a trabajar en red y a tener esperanza.

La necesidad de usar nuevas tecnologías puso en evidencia el analfabetismo digital de los adultos y también de algunos jóvenes, niños y niñas, que este año aprendieron a usar los dispositivos para escribir, leer, hacer presentaciones y desarrollar temas en ellos. Todos aprendimos el verdadero sentido de la palabra comunidad, porque hemos necesitado del otro, no solamente para lograr metas, sino para sentir su compañía y afecto.

El cuerpo docente, imprescindible e incansable, se volcó a la creatividad y demostró con creces que la educación es cosa del corazón. Los equipos psicosociales se reforzaron, prestaron herramientas a la familia, al cuerpo docente, al equipo de gestión y nos enseñaron a abrazar sin tocarnos, a escuchar sin vernos. Sin los asistentes de la educación, los estudiantes sin internet no hubieran tenido guías impresas, ni se hubieran hecho campañas de alimentos, ni ollas comunes en los recintos escolares. Los equipos de gestión han sido también equipos de trabajo social.

Y hemos aprendido que, en red, las escuelas se ayudan y todas ganan. Redes de colegios han ayudado a colegios sin red; equipos de gestión han compartido en la nube herramientas, manuales y protocolos; han comprado juntos y apoyado mutuamente con competencias profesionales específicas. Hemos aprendido que solos hubiera sido imposible, pero que en equipo todo se multiplica con creces, y en red se abre el horizonte.

Hemos aprendido que tenemos muchos más recursos personales de los que nunca habiéramos imaginado, y no los que más se valoraban. Este ha sido un año ganado, no hemos perdido el viaje.



⁷ Artículo escrito con notas y comentarios de los equipos de gestión de escuelas católicas de Santiago, escuchados durante el 2020 por el Equipo de Vínculo de la VED.



ARZOBISPADO
DE SANTIAGO
VICARÍA PARA LA EDUCACIÓN

VICARÍA PARA LA EDUCACIÓN
Arzobispado de Santiago

Cienfuegos 51, Santiago. Fono: 226908500

ved@iglesiadesantiago.cl

www.vicariaeducacion.cl